

Cuando las palabras vuelven de la mano

Carmen Fuentes Navarro, María Prieto, Cuca Cuadrado, Sara Patón

Paz Guilló, Sonia Maza Penagos, Claudia Susana Silva Fernández

Marcos Monter, Óscar Leónidas Acevedo Reyes y Laura Fernández Villa



 **Cruz Roja**


**EDITORIAL
ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

CUANDO LAS PALABRAS VUELVEN DE LA MANO

CARMEN FUENTES NAVARRO
MARÍA PRIETO
CUCA CUADRADO
SARA PATÓN
PAZ GUILLÓ
SONIA MAZA PENAGOS
CLAUDIA SUSANA
SILVA FERNÁNDEZ
MARCOS MONTER
ÓSCAR LEÓNIDAS ACEVEDO REYES
LAURA FERNÁNDEZ VILLA

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2026

Edición: Juan Pedro Romera
Editorial Espacio para Contar, 2026
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

© De los textos: sus autores
© De la presente edición: Cruz Roja

Dirección: C/ Cruz Roja, 2. Valencia (España)

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 979-13-991314-1-3
Depósito legal: MU 59-2026
Impreso en España/Printed in Spain

LAS PALABRAS PERDIDAS CARMEN FUENTES NAVARRO	9
EL VIENTO SUSURRA SU NOMBRE MARÍA PRIETO	15
SUEÑO DE VIDA CUCA CUADRADO	23
EL DESPERTAR DEL SUEÑO, EL SUEÑO DEL DESPERTAR SARA PATÓN	29
ABRIR Y CERRAR PAZ GUILLÓ	33
EL PAÍS DE NUNCA JAMÁS SONIA MAZA PENAGOS	39
EL JARDINERO Y SU DANZA EN BÚSQUEDA DE SENTIDO CLAUDIA SUSANA SILVA FERNÁNDEZ	47
CANSADO DE SER OTROS MARCOS MONTER	55
REGRESO AL PASADO ÓSCAR LEÓNIDAS ACEVEDO REYES	63
EL VIAJE DE ELLA LAURA FERNÁNDEZ VILLA	71
«AHORA TE TOCA A TI»	77
«ÉRASE TU VEZ»	81

INTRODUCCIÓN

Hubo un tiempo en que las palabras volvían a sus dueños para sanarles el corazón y, cuando sentían el dolor curado, agradecían la ayuda del viento que siempre sopla a favor.

En Valencia ocurrió una catástrofe en 2024 cuando una DANA irrumpió y rompió muchos sueños y se llevó las palabras que reconfortan la parte humana que todos tenemos. Hubo silencio. Y entonces muchas manos se alzaron para sostener a quienes habían perdido la palabra.

Cruz Roja ha estado siempre al lado de los que sufren los embates del destino y, en esta ocasión, desplegó todo su potencial para ayudar a salir del lodo que todo lo oscurecía. El programa de intervención: «Respuesta de Cruz Roja a los efectos de la DANA (Otoño 2024)» lleva en su seno a un grupo de personas dispuestas a coger de la mano a quienes sufrieron este cataclismo para que pudieran expresar su dolor y cambiar la fuerza del destino que se empeñaba en silenciarlas para siempre. Mujeres, hombres, especialistas en su terreno, compartieron y ayudaron a sostener el proceso abierto.

Estas personas no dejan de aprender cómo hacer este abrazo más eficaz; por eso se unieron a la propuesta *Érase tu vez* para

usar la narrativa terapéutica como herramienta en su encuentro con las personas afectadas por el diluvio que amenazó con borrar la memoria. Los días 20 y 21 de noviembre de 2025 se desarrolló el taller donde expresaron, en forma de cuento, lo que luego aplicarían con sus usuarios. La importancia de la honestidad para entregarse al proceso fue la clave. De ese encuentro ha surgido este libro de cuentos donde se entrelazan los sueños con la imaginación y la entrega. Diez cuentos, diez formas de mirar al mundo interno y externo, diez acompañantes que viven el trauma de los usuarios como suyo propio. Esa es la grandeza del ser humano: donde soy yo eres tú, donde tú eres soy yo.

LAS PALABRAS PERDIDAS

CARMEN FUENTES NAVARRO

uenta la leyenda de un pequeño pueblo escondido entre las montañas, la historia de una anciana que guardaba las palabras que las personas habían perdido, la llamaban: la guardiana de las palabras. Dicen que vivía en una cueva en el bosque y que nunca nadie la había encontrado. Algunas personas del pueblo temían a la anciana, pues no sabían qué palabras guardaba, desconocían su origen. Otras sentían curiosidad, pero no se atrevían a ir en busca de respuestas.

Un día una niña que andaba jugando en el bosque se encontró con un lugar que le llamó la atención, movida por la curiosidad se dirigió hacia la cueva que había descubierto. Era la cueva de la anciana y la pequeña desconocía la historia acerca de las palabras perdidas. Se acercó sigilosamente y exclamó:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

El eco resonó por toda la cueva sin tener ninguna respuesta. Con cuidado se fue adentrando, hasta que volvió a llamar su atención un montón de tarros de cristal. Eran pequeñitos, estaban cerrados y dentro se veía un papelito enrollado. La niña no sabía qué eran esos tarros, ni qué habría dentro; sin pensárselo se quitó su gorro y comenzó a meter todos los que le cupieran, de repente, a lo lejos escuchó el crujido de las ramas del bosque: ¡Alguien viene! —pensó.

Se apresuró y salió corriendo con su gorro abarrotado de tarros, recorrió árboles y árboles hasta que por fin consiguió llegar al pueblo. Entró por la puerta de su casa, exhausta del camino y con poco aliento gritó:

—¡Mamá, abuela! ¡Mirad lo que me he encontrado en el bosque! He encontrado una cueva, no había nadie, pero había todos estos tarros, tienen mensajes dentro. ¡Tenemos que abrirllos a ver qué es!

—¡Pero, hija! ¡Esos tarros no los tendrías que haber cogido, son de la anciana!! —exclamó su madre con cara de asombro.

Tal fue la cara de la madre que dejó a la niña sin palabras, cuando escuchó la voz de su abuela.

—Cariño, ven aquí —y le hizo un sitio junto a ella en el sillón, frente al fuego de la chimenea. El lugar favorito de ambas.

La niña se sentía desconcertada pues no entendía qué sucedía, corriendo se acercó y se acurrucó junto a su abuela, al calor de la chimenea. Su abuela le empezó a contar la historia de la anciana.

Comenzó a relatar que corría la leyenda de una mujer mayor que guardaba aquellas palabras que las personas habían perdido, palabras que estaban en esos papelitos y que muchas de ellas ya ni se recordaban. Esto le causó mucha confusión a la pequeña y con la efusividad que la caracterizaba exclamó:

—¡Yo las he encontrado abuela! ¡Vamos a dárselas a todas esas personas!

La abuela sonrió y le respondió que esas palabras están guardadas porque así ha sido desde hace muchos años y seguramente la anciana las está buscando, por lo que había que devolverlas...

Con la voz entristecida la pequeña le preguntó a su abuela si la acompañaría en esa aventura. Ella, que ya echaba de menos adentrarse en el bosque, no lo dudó. La cogió de la mano y juntas emprendieron el camino.

La niña apretaba fuerte en una mano el gorro repleto de tarros y en otra a su abuela. Tras un buen rato caminando se sintieron

perdidas, pues no les era familiar el sendero que estaban siguiendo, cuando de repente, se escuchó un ruido entre los arbustos. Un precioso caballo blanco apareció y se dirigió hacia ellas de manera sigilosa y cercana, a la abuela pareció no sorprenderle, pero la niña estaba muy emocionada, comenzó a acariciarle y le pareció que le mostraba una senda en el bosque.

Las dos confiaron en el hermoso caballo y le siguieron, hasta llegar a un lugar que nunca habían visto: Entre las rocas brotaba una maravillosa cascada, había árboles frondosos y emanaba una luz que cuando tocaba la piel la hacía brillar. Esta luz cuando alumbró al hermoso caballo le hizo desvanecerse, como si estuviera formado por polvos mágicos, que lentamente se elevaron hasta el cielo.

La abuela sonrió y la niña, asombrada por lo que acababa de suceder, deseaba quedarse en ese lugar de ensueño, pero tenían que encontrar la cueva de la anciana y devolverle las palabras. De nuevo se vieron perdidas, cuando una sombra se acercó por atrás:

—Creo que me buscáis.

Las dos se apretaron fuerte la mano y abrieron los ojos con asombro, quedándose sin palabras. Fue la niña quien rompió el silencio:

—Eres la anciana que guarda las palabras perdidas, ¿verdad?, siento haberlas cogido de tu cueva, toma, no hemos abierto ningún tarrito. Creo que no he perdido ninguna palabra, pero no me gustaría tampoco hacerlo.

La anciana miró a la niña y cogió amablemente su gorro lleno de palabras, en ese momento se volvió a formar una nube de polvos mágicos haciendo desaparecer todos los tarros que estaban el gorro.

—¡Las palabras, se van! ¡Han desaparecido! —exclamó la niña.

Cuando la anciana vio la expresión de la pequeña quiso calmar la angustia que parecía suscitarle y empezó a contar su historia.

—Niña, quédate tranquila, pues las palabras no han desaparecido. Las personas tienen la libertad de usarlas cuando lo deseen y

tú también posees esa libertad. Es por ello que es muy importante aprender a usar las palabras y conocer el poder que tienen. Todas las personas tienen el poder de la palabra, yo soy quien salvaguarda aquellas que no llegaron a quien eran dirigidas. También debes saber que cuando nos quedamos sin palabras damos lugar al silencio, de un gran poder, dejando que ocurran cosas tanto dentro como fuera de nosotras y dando espacio a la escucha de las palabras de otros.

La niña, un poco confusa preguntó:

—¿Entonces, qué palabras son las que se han perdido?

—Aquellas palabras que no llegaron a las personas que iban dirigidas, ya que no estaban siendo escuchadas —respondió la anciana.

—Eso me pone triste, me gustaría que todas las personas fueran escuchadas.

—Tú tienes el poder de la palabra pequeña y si así lo deseas así puede ser, ¿liberamos las palabras perdidas?

—¡Sí! ¡¡Lo deseo, anciana!! —exclamó con entusiasmo la niña mientras apretaba con fuerza la mano de su abuela.

Fue entonces cuando el deseo de la niña creó el silencio y todo se envolvió de esos polvos mágicos que ya conocían, desvaneciéndose mientras se elevaban, haciendo que cerraran los ojos y sintieran cómo la calma les arropaba.

Cuando abrieron los ojos se encontraban frente al fuego, en el sofá de su casa, acurrucadas al calor de la chimenea, la niña miró a su abuela que le respondió con una sonrisa.

A la niña que aún habita en mí.

EL VIENTO SUSURRA SU NOMBRE

MARÍA PRIETO

Era invierno y, a lo lejos, ululaba el viento. La niña se despertó creyendo haber oído su nombre. Se asomó a la ventana, pero no vio a nadie.

Cuando iba a volver a la cama, sintió un escalofrío. De nuevo, creyó oír, por segunda vez, su nombre. Pensó si estaría volviéndose loca. Todos en su casa decían que su mente estaba poblada de personajes que no existían, que se pasaba los días habitando mundos fantásticos y que no tenía los pies en el suelo, en la realidad.

Cuando decidió apartar estos pensamientos y volver a la cama, el viento se coló entre los cristales y le susurró al oído que lo que había escuchado era real. Le dijo que era él quien susurraba su nombre, que estaba aquí respondiendo a su llamada, que la había escuchado, noche tras noche mientras dormía, expresar un deseo y que había venido a satisfacerlo; iba a llevarla muy lejos, a conocer otros mundos, otros horizontes, otros cielos.

La niña, sorprendida y temerosa, no salía de su asombro. Ignoraba que hubiese llamado al viento entre sueños para confesarle su más íntimo secreto, volar muy lejos.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó el viento—. Estoy aquí porque me llamaste en tus sueños y vengo a enseñarte esos

otros mundos que intuyes están muy lejos, aunque quizás los lleves dentro.

—¿Cómo es posible que me hayas escuchado? Nunca imaginé que mi voz resonaría más allá de mí misma, y mucho menos que mis sueños fueran acogidos por el espíritu del viento.

—Ya ves, el mundo está interconectado, y cada voz o sueño que se lanza al Universo es acogido y resuena con fuerza como una campana en la Catedral de la Vida. Pero, dime, ¿dónde quieres ir? Estoy a tu disposición.

Con los ojos muy abiertos, la niña respondió:

—Quiero conocer mundo, salir de lo familiar y conocido, dejar atrás la rutina y el tedio.

—Si estás dispuesta a subirme a mis hombros, te llevaré muy lejos —concluyó el viento—. Pero, te pido que cierres los ojos, confíes en mí y te dejes guiar.

—Pero... —dudó un instante.

Entonces sonó en una torre lejana una hora cualquiera. La niña sintió que se detenía el tiempo y que había llegado el momento de abandonar el miedo y subirse a lomos del viento.

—¿A dónde vamos? —quiso saber la niña.

Mas el viento le insinuó que no se preocupara, que lo importante no era a dónde llegara, que se dedicara tan solo a disfrutar del viaje.

La llevó tan lejos que la niña apenas reconocía los lugares, las personas y los animales que los habitaban. Lo que tan familiar le resultaba cuando se levantaba cada mañana y abría la ventana de su casa, se había convertido en algo extraño y ajeno a su realidad más cercana. Sin embargo, lo que veía, no le asustaba. Al contrario, creía reconocer en ese mundo nuevo amigos que la visitaban en sueños.

Descubrió seres diminutos saliendo de grutas imposibles que, con sus cantos, iluminaban la noche; seres alados que tañían

hermosas melodías con su cítara, insectos que revoloteaban y chupaban el néctar de las flores, libélulas que describían en el aire una estela arcoíris, florecillas que hablaban entre ellas el lenguaje de los dioses, hombrecillos de luz que cultivaban la tierra y hadas juguetonas que dejaban en sus narices un polvillo de estrellas.

Todo era tan mágico que la niña creía estar soñando.

—No puede ser verdad —se decía.

De repente, una ráfaga de viento procedente del Norte hizo temblar la tierra; le siguió un poderoso rayo que abrió un orificio en el viejo roble donde se reunían los más ancianos del bosque y por donde se adivinaba una entrada secreta. El pequeño elfo del viento invitó a la niña a bajarse y a adentrarse en esa gruta donde le estaba aguardando el misterio.

—No me dejes sola, no sabré volver a casa. Si me adentro en esta gruta y me pierdo, jamás volveré a ver a la gente que quiero —suplicaba la niña al viento.

—No te dejes sola, estás acompañada por todos los seres que pueblan la Vida y habitan tu imaginación. No tienes nada que temer. Volveré a por ti cuando hayas descubierto el mensaje que te trajo hasta aquí. A mí me reclama el Espíritu del Viento para darme nuevas instrucciones.

Tras despedirse de su amigo, la niña se adentró en lo que parecía el vientre de la Madre Tierra. Sintió la poderosa energía de los ancestros, cómo sus pies enraizaban aunque se sentía ligera y como flotando en un mundo nuevo, oscuro y luminoso a partes iguales.

Mientras se adentraba y caminaba hacia ese interior cálido que la acogía y envolvía en un abrazo, mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad y su cuerpo se adaptaba al frío y la humedad, de pronto reparó en un pequeño cofre semienterrado que emitía destellos de luz. Curiosa, se preguntó qué sería aquello que tanto brillaba.

Sin dudarlo, se precipitó a abrirlo. Mas la cerradura estaba oxidada, no tenía ninguna llave a mano y nadie cercano que le ayudara. Todo dependía de ella y no se veía con fuerzas ni tenía destreza alguna que le facilitara la tarea.

Derrotada, sin apenas haberlo intentado, se sentó, frustrada y decepcionada, con ganas de llorar. Nuevamente, como en tantas ocasiones, se sentía sola, triste, frágil. Además, ahora se sentía perdida en una tierra lejana y extraña, sin amigos, rendida ante su propia impotencia.

Un hombrecillo la estaba contemplando sin que ella se percatara de su presencia. Era invisible a sus ojos, pero ahí estaba, como un reflejo de sí misma, como una voz interior.

El hombrecillo le habló directo a su corazón. La niña lo sentía, mas no lo veía, ni escuchaba su voz.

La niña solo sentía ganas de llorar. Notó que algo se abría dentro de ella, que se le escapaba, silenciosa, una lágrima. La dejó caer como ofrenda de su rendición y, entonces, como por arte de magia, los goznes del cofre se soltaron dejando al descubierto lo que andaba buscando: su propio corazón, rojo e intenso, pero malherido.

La niña respiró hondo, agradeció el tesoro encontrado y entendió el mensaje, pero no sabía qué hacer con él ni cómo volver a casa.

De pronto, el hombrecillo invisible volvió a susurrarle algo:

No te quedes en el lamento, ni sigas llorando tus heridas; si quieres sanar, ten el valor de coger tu corazón, sin miedo a que se vuelva a romper, y dale mucho amor, acaricia sus costuras, pégalas con ternura, cántale una nana y abrázalo con fuerza. Mientras tanto, permítete danzar al son de un fuego nocturno con los hombrecillos del bosque, ríe con la luna, zambúllate en el estanque, juega como la niña que eres, diviértete, suéltate el pelo, dibuja corazones en la arena y siéntate en la playa a contemplar

el horizonte. Busca el infinito y... ¡vuela! Conviértete en el ser de Luz que siempre quisiste ser.

La niña tuvo claro que solo el Amor era capaz de recomponer su corazón roto, un amor puro que empezara por ella misma y tan valiente que fuera capaz de darse al mundo.

Cuando lo tuvo claro, cogió el corazón entre sus manos y lo acercó a sus labios para cubrir de besos las heridas del pasado.

Al rato se quedó dormida, y soñó que llamaba al viento, como cualquier otra noche. Cuando despertó se encontró en su cama. Creyó que todo había sido un sueño. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir en la mesilla de noche un corazón resplandeciente!

Complacida se asomó a la ventana. Le pareció ver semioculto entre las ramas de los árboles a su amigo el viento, y supo que todo había sido cierto.

El viento, en su despedida, susurró nuevamente su nombre.

SUEÑO DE VIDA

CUCA CUADRADO



Cuando despertó, le costó reaccionar. No sabía si había estado durmiendo más tiempo del que le tocaba, y si todo seguía igual.

Poco a poco fue consciente de que, efectivamente, estaba en su cama, era su cuarto, el sol entraba por la ventana. Estaba ahí.

Y como cada mañana desde que se había jubilado, inició sus tareas cotidianas.

Se prepara su desayuno, sano, pues ya su cuerpo ha aprendido a saber lo que necesita y le hace bien.

Y cómo no, se pone las noticias del día, sobre todo porque le gusta saber qué tiempo va a hacer, pues luego tiene que salir a la calle y es preferible que no le pille desprevenido.

Hoy dicen que va a hacer buena temperatura, lucirá el sol, aunque el aire será algo fresco, pero agradable.

Directo a la ducha, disfruta del agua cayendo por su cuerpo.

Y ya preparado, se dispone a salir a la calle. Calle llena de vida, de niños y niñas entrando al colegio, de madres apresuradas porque lleguen a tiempo y de personas que inician una nueva jornada laboral, cuántos recuerdos cuando él era una de esas personas...

Efectivamente luce un espléndido sol, y está dispuesto a disfrutar de esa perfecta mañana.

Como de costumbre, le gusta sumergirse en las calles de su ciudad, calles que ha pisado muchas veces, pero que siempre le resultan agradables y sorprendentes, como si fuera la primera vez que las viera.

Marca sus pasos sin un destino concreto, así le gusta, que sus piernas y su cabeza le lleven a recorrer su ciudad.

Pero hoy, el día ha arrancado distinto al resto de días, y siente que será un día especial.

Llega a una plaza, le parece que no ha estado nunca ahí. Descubre que, bajo la plaza, hay una puerta que solo se abre desde dentro.

Echa un ojo alrededor y no ve a nadie a quien preguntar qué puede haber detrás de esa puerta, por lo que se decide a llamar.

Llama una vez, nadie responde. Decide darse la vuelta y seguir, pero de repente, la puerta se abre lentamente.

No hay nadie detrás de esa puerta, duda, pero decide entrar, qué tiene que perder, siempre ha sido un aventurero.

El pasillo es largo, pero está iluminado, se siente bien, se siente ligero, sus pies pesan menos, y decide continuar.

Al final del pasillo hay una puerta, suena una música agradable que le invita a seguir.

Le vienen recuerdos, esa música, ese olor... ¿a qué le suenan? Recuerda sus veranos en casa de sus padres, en el pueblo, donde todo era ilusionante. Tanto recuerda, y se siente, que se hace tan presente que le parece realmente estar allí. Disfrutando, riendo, jugando, queriendo. Ahí están sus padres, sus hermanos, sus amigos... qué tiempos aquellos.

De repente, la puerta a la que había llegado al final del pasillo se abre. Decide pasar, la experiencia está siendo agradable, ¿por qué no continuar?

¿Eso han sido voces? Esas voces le llaman por su nombre y le invitan a seguir. Llega a una habitación entrañable, donde un televisor situado en el medio, se enciende en cuanto se aproxima.

Del televisor salen imágenes que proyectan historias vividas, acontecimientos pasados. Parece la película de su vida, pues tanto las historias como los acontecimientos han sucedido en su vida, se ve completamente reflejado.

Ahora esas imágenes son más directas, es él el que aparece. Toda la película de su vida empieza a aparecer en imágenes. Con su familia cuando era niño, en sus cumpleaños, siempre había una celebración, y allí estaban pasando todos.

Su primer amor, los sucesivos y el definitivo.

Su trayectoria académica, su trayectoria laboral, su trayectoria familiar, en definitiva, su vida.

Sus buenos y sus malos momentos.

Cuántos momentos...

Pero de repente está escuchando algo, parece que oye algo distinto y no sabe distinguir.

Centra su atención, es una alarma que suena en su cabeza, ¿es real?

Sus ojos se abren, no puede ser verdad lo que está viendo.

Está sentado en su cama, su mujer todavía duerme a su lado, y hoy es jueves y... tiene que ir a trabajar.

La noche ha sido intensa y placentera. Ha revivido buenos y malos momentos, ha revivido la película de su vida, pero, hoy es jueves, y toca trabajar.

La vida sigue, y hay que vivirla.

EL DESPERTAR DEL SUEÑO, EL SUEÑO DEL DESPERTAR

SARA PATÓN

En esa casa no había Sol. Solo sitios que dejaban una sensación vacía. El eco de ese volumen retumbaba en las paredes. Miró a esa esquina y vio miedo, y nada más. No fue capaz de estar ahí con el resto y tuvo que apartarse. Nadie vino y se encerró en esa cárcel.

No salía. No podía salir cuando quería. Alguien le gritó desde fuera pero no entendía nada de lo que decía, solo escuchaba violencia.

Una vez su imagen se desvaneció tanto que casi desaparece, pero le dio pánico dejar de existir de verdad y llamó para que le salvaran.

Intentaba ver la luz pero parecía que había algo en medio que no le dejaba.

Era algo que le dieron hace mucho; no sabía cuánto tiempo llevaba ahí pero no lo quería, hacía opaca la vida, no podía mirar.

Seguía intentándolo pero siempre pasaba lo mismo y cada vez pesaba más. Parecía aire y luego fue agua. Ahora es piedra. Encima del pecho no le dejaba respirar. Cuando intentó devolvérselo, no lo quisieron de vuelta, no reconocían su propiedad mientras echaban más piedra a la espalda, mirando hacia otro lado.

Pasó mucho tiempo intentando compartir el peso, pero nadie

veía la piedra o no la querían aguantar. Hubo personas que abrieron su mochila, pero no las vio tampoco o no quiso compartirlo con ellas porque no sabía quiénes eran, quién era.

Mientras, Óscar estaba mirando desde una esquina. No podía hacer nada, pero él siempre estaba. Fue creciendo y Óscar seguía ahí. Era el catalizador cuando la reacción directa no era posible.

Un día se dio cuenta de que Óscar era lo mismo y se podía decir todo eso. Se contaba mundos nuevos y escenarios que antes parecían imposibles.

Todo brilló y la oscuridad también fue invitada. Cada parte que allí apareció fue vista desde la sensibilidad vibrante y por fin, cupimos todos.

Muchos años después, quería contárselo a otros, al mundo, al mar. Pero no veía a nadie. Su voz se diluía entre el ruido de las olas y la sal irritaba sus pupilas.

Nadó y nadó mar adentro buscando el horizonte, parecía que no avanzaba y siempre estaba en el mismo punto, pero apareció un tiburón que le dijo algo. El miedo no le dejó escuchar, pero el tiburón no se marchó hasta que lo entendió.

No hay nada ahí fuera si no miras ahí dentro.

Después, unas algas rodearon sus pies, cada vez subían más, sus piernas, torso, brazos, y le empujaron hacia el fondo. No podía respirar, cada vez veía más lejos la superficie y todo era más oscuro. La angustia envolvió todo y alguien apagó el interruptor de la consciencia.

De repente, se despertó en un sitio cálido y con olor a lavanda y pachuli. Un sitio donde no había nada que temer ni por lo que luchar, lleno de presente y presencia. Donde la sangre vestía cuadros de verdad y la guerra era reconocida para abrigar los relatos de paz.

ABRIR Y CERRAR

PAZ GUILLÓ

Sonreía sin pensar lo que estaba a punto de ocurrir, no sospechaba lo que le estaba esperando: ¿Cómo podía saberlo?

Cuando abrió la caja pudo darse cuenta que era peor que cualquier pensamiento que había tenido. La curiosidad podía más que el terror que la inundaba, así que se puso encima de una escalera y saltó como lo hacen los malabaristas en el circo cuando saltan de una gran altura a una piscina llena de agua. Saltó desde lo alto y se metió en vertical dentro de aquella caja con sus brazos y manos pegados al cuerpo. Iba a la velocidad de un cohete hacia el interior de la caja que no tenía límite en el fondo, alrededor no había nada, todo era de color blanco, empezaron a aparecer algunas nubes algodonosas, seguía descendiendo a toda velocidad. Bajaba hasta que llegó al suelo tan fuerte que sus pies, tobillos y piernas se rompieron, se deshacían como la cera, como un chicle, lo que hacía que tuviera poca consistencia para apoyarse en el suelo pero, igualmente, había movimiento como quien tiene deformados pies y piernas pero sigue caminando. Su tamaño se había visto reducido considerablemente, era como una enana. Llevaba grandes zapatos como los de un payaso, incluso más grandes que ella misma. Caminaba por no se sabe dónde,

hacia no se sabe qué lugar pero seguía avanzando. Los zapatos eran cada vez más grandes y aunque grandes no eran pesados, lo que no le impedían caminar. Cada vez era más pequeña, apenas era una cabeza encima de unos pies hasta llegar a desaparecer. Los zapatos avanzaban solos, sin saber a dónde, ni cuál era su dirección. De repente desaparecieron, durante mucho tiempo no había nada, otra vez el espacio era blanco. Esperaba que algo apareciera, pero nadie venía a ayudarla. De repente, no supo cuánto tiempo después, apareció en la tierra una hoja que anunciaba el principio de una planta que quizá podía ayudarla, pero durante largo tiempo nada se movió, la hoja asomaba y nada más. Tras un tiempo, apareció un gusano comiéndose la hoja, le pidió por favor que no lo hiciera porque era la única que le hacía compañía y le ofrecía algo de esperanza, pero no le escuchó se comió la hoja entera y desapareció. De nuevo el espacio era blanco. La desesperación empezó a atraparla, había mucha soledad y vacío. Nada se movía, todo estaba quieto. A lo lejos apareció algo que se acercaba, primero pequeño después muy grande, tanto que se sentó encima de ella sin darse cuenta que estaba allí.

—Por favor, levántate ¿no me has visto? Me has aplastado.

Aquella masa grande miraba a un lado y hacia otro intentando saber de dónde venía aquella voz, pero no se movía ni pensaba que ella podía estar debajo de él, ¿qué podía hacer?, se preguntó. Entonces alargó la mano y buscando y buscando encontró un alfiler, le pinchó en su trasero y la masa explotó en mil pedazos, era una masa viscosa de olor nauseabundo que hacía vomitar, lo impregnaba todo, era realmente repugnante y asqueroso. Ahora nada era blanco, todo se había transformado en algo oscuro y pringoso. Los zapatos en los que se había transformado se pegaban a aquella masa que le impedía caminar; ahora sí eran pesados, tenía que hacer un gran esfuerzo para poder desprenderse de aquella masa pringosa, por lo que decidió desatarse los zapatos y

dejarlos allí, cogerse de la rama de un árbol de cerezo que apareció y de nuevo, como los malabaristas, coger el impulso para saltar y salir de allí. Dio vueltas sobre sí misma, vueltas y más vueltas hasta caer de pie encima de un trozo de hielo, el cual deslizándose le llevó colina abajo, tropezó, rodó como una piedra y acabó sentada en el suelo con las piernas abiertas, aturdida, despeinada y sin saber muy bien qué le había pasado. Llevó su espalda al suelo y se tumbó. Durmió durante horas y cuando despertó vio a lo lejos mucha agua, parecía el mar, pensó que iría caminando hacia allí pero había algo que se lo impedía, los insectos habían clavado su ropa al suelo, era imposible que se pudiera mover. Tiró y tiró para poder soltarse, lo que hizo que rompiera la ropa y se quedara desnuda. Había algo de vergüenza pero también de libertad ¿por qué sentir vergüenza si se encontraba sola y nadie la podía ver? Corrió hacia el mar, se bañó, nadó, jugó, buceó y se divirtió como hacía tiempo que no lo hacía. De repente, el mar empezó a desaparecer engullido, como por un desagüe. De nuevo iba a desaparecer: ¡Otra vez no, por favor! Creía que no lo iba a soportar más, así que luchó contra la fuerza del desagüe, respiró hacia adentro y se tragó toda el agua del mar, la inmensidad del mar con todos sus peces, corales, ballenas y piedras que estaban dentro de ella, como si fuera una pecera. Por primera vez se sentía llena pero ¿cómo iba a poder alimentar a todos esos seres vivos que había dentro de ella? Caminó como pudo con todo el océano dentro, apenas podía moverse, así que decidió sentarse y al hacerlo se pinchó con la espina de un cardo, lo que hizo que explotara como un globo de agua con el que juegan los niños. El agua que en ella habitaba regó todo lo que había a su alrededor, árboles, plantas e incluso pueblos enteros, lo que hacía que llegara a través de multitud de ríos a lugares que no hubiera imaginado nunca haber conocido. Un día salió convertida en una mujer de pelo largo, rubio dorado de nuevo. Desnuda se acercó a la orilla donde se vistió

con las hojas que había en el suelo, apenas se había dado cuenta que el otoño había llegado, pronto vendría el invierno y tendría que buscar un lugar donde refugiarse.

A lo lejos vio una casa de madera pequeña, iluminada en su interior, entró y vio un fuego encendido y comida preparada en una mesa como si alguien lo hubiera estado preparando para ella con toda la atención, cuidado y ternura. Se sentó en un sillón que había cerca del fuego y con su calor se quedó dormida, cuando despertó en su regazo había un libro que tenía la portada labrada en oro, lo abrió y vio que las hojas estaban en blanco. Quizá, pensó, era momento de escribir su propia historia, solo ella era dueña de su historia, conocía en su interior sus dolores, heridas y sueños, quizá era momento de recordar, de desempolvar su memoria y poder escribir, terminar y volver a olvidar para poder seguir adelante.

*A quienes me sostuvieron y a quienes sostuve
cuando más lo necesitaban.*

EL PAÍS DE NUNCA JAMÁS

SONIA MAZA PENAGOS

En el País de Nunca Jamás todo era posible; era un lugar en el que sus habitantes vivían libres, sin ataduras, donde el trueque era la forma de conseguir las cosas y en el que todo el Mundo podía aportar algo. Era un lugar maravilloso, verde, rodeado de naturaleza, donde el agua se hacía protagonista porque fluía a través de cascadas y ríos y desembocaba en el mar, en un mar inmenso que se convertía en océano, profundo, lleno de vida y de belleza. Estaba rodeado de animales que convivían en armonía con los humanos y en el que se aprovechaban los recursos, se utilizaba lo que se necesitaba y, al menos en apariencia, todas las personas parecían felices.

El modo de vida se asemejaba a como era antes, en el principio de los tiempos, sencillo, rutinario, donde la paz lo llenaba todo. A pesar de que pudiera parecer aburrido, no lo era puesto que ese ritmo iba en consonancia con lo que en realidad la gente necesitaba; había tiempo, un tiempo que no era relativo, sino auténtico y en el que cada día, daba paso a otro, en el que volver a empezar y seguir caminando. La gente se apoyaba en la gente, en otras personas y eso era el sostén de esa comunidad porque la Unión hace la fuerza y en la relación con los otros se iba construyendo todo. Este lugar era real, aunque pudiera parecer mágico,

tal es así que empezó a resonar en otros lugares, en otras épocas y se convirtió en un cuento que se transmitía de generación en generación y que creaba altas expectativas en quienes lo escuchaban.

Por el contrario, había otro lugar en algún sitio lejano que era todo lo opuesto y hasta el que llegó el eco de este sitio maravilloso, de tal manera que surgió una semilla de interés por cambiar, por hacer las cosas de otra manera, y en el que no se sabe cómo, empezaron a cambiar las cosas para pasar a parecerse a nuestro mundo original, primigenio y así se fue difundiendo esta forma de vivir, de actuar que, en definitiva, era la esencia del ser humano, de la naturaleza en su estado puro. Eco tras eco esto se fue transmitiendo hasta todos los confines del mundo, de tal manera que quedó demostrado que el ejemplo es algo de lo más poderoso que existe y que cuando tiene un fin loable, bondadoso y en beneficio de los demás, al final redundaba en todos y cada uno de nosotros/as y colorín colorado, este cuento se ha acabado, así que, a dar ejemplo...

Imagina, imagina, que en el mundo de la fantasía todo cabe, y por si esto os inspirase, pensad en una luna con ojos, nariz y boca y en cuarto creciente, porque tiene forma de «D», y por lo tanto crece, y de fondo se intuye una luna llena, tranquila, plácida que desde arriba todo lo observa y que irradia luz a todo su alrededor. Un cielo azul, plácido, calmo que transmite tranquilidad, sosiego, ese lugar desde el que todo puede surgir, fluir, puesto que abre las puertas del subconsciente, de la creatividad... pero también podéis pensar en el sol, en ese astro por excelencia, que nos ilumina y calienta cada día, que nos da ganas de comernos el mundo y de hacer un montón de cosas cada día, que nos llena de energía y nos sana y que, en equilibrio con la luna, va marcando nuestro ritmo circadiano. ¿Y qué decir de las estrellas?, esas

lucecitas que como faros nos iluminan y guían cada noche, que nos recuerdan a nuestros seres queridos, aquellos que ya no están y que nos quisieron tanto, nuestros cimientos, nuestras raíces, quienes nos ayudaron a ser las personas que hoy somos, nuestros abuelos y abuelas tan importantes en todas las culturas, sabios, y los pilares de tantas sociedades.

Imaginación, curiosa palabra, utilizada por algunas personas para referirse a la mente, a nuestros pensamientos... ¡Cuántos recuerdos!

Pero volvamos a la narrativa en tercera persona, a ese lugar desde el que podemos colocar o recolocar las cosas, que nos allana el camino. Mientras hilábamos nuestros pensamientos y los vuestros, una carta apareció en nuestro trayecto, de color azul, ¿por qué azul?, fue casualidad, azar, ¿o era el color que necesitábamos en ese preciso momento?, ya que si pienso en un color, observo que el verde me atrae mucho en los últimos tiempos y me pregunto: ¿tiene que ver con el estado de ánimo?, ¿qué opinará el público? En realidad a la mayoría de la gente le suele gustar un color a lo largo de su vida, pero también podemos observar que hay etapas en la vida en las que nos atraen más unos colores que otros. Tras estas reflexiones podemos deducir que el arcoíris es uno de los fenómenos más bellos que podemos observar ya que refleja todos los colorines y nos llena de vida e ilusión, pero este fenómeno solo podemos observarlo en presencia del agua, el elemento indispensable para la vida, sin el que no lograríamos sobrevivir más de tres días ya que es de lo que principalmente está compuesto el ser humano. De repente nos llega a la mente la imagen de algún fenómeno más extraño en nuestro lugar: las auroras boreales, sin embargo tan frecuentes en otras latitudes, lo que puede hacernos pensar que en realidad todo lo que pasa por nuestras mentes está de alguna manera condicionado y que solo adentrándonos en otros mundos o realidades podemos descubrir

cosas nuevas; algo muy alejado de la tendencia actual en la que la uniformidad y la moda está a la orden del día y que a la mayoría no le aporta nada, aunque a algunas personas aún dormidas, sea lo que les mueva. Tal vez a esta gente le vendría bien escribir, redactar, dejar volar su imaginación para abrirse a nuevas vivencias y realidades.

Esto empieza un poco a alejarse del cuento inicial, pero es lo que tiene el inconsciente, que cuando bajan las defensas, los mecanismos de control, empiezan a aflorar otras cosas, lo que me hace recordar cosas como las disertaciones filosóficas, las asignaturas y materias que nos permitían abrir nuestras mentes, el pensamiento crítico, algo bastante en desuso en la era que ahora mismo estamos atravesando y que, con toda seguridad, cambiará, como va cambiando todo, puesto que al fin y al cabo, las cosas evolucionan, se transforman y nos van marcando diferentes tendencias como sociedad.

Qué bonito es cuando compartimos, las sinergias, cuando todos aportamos y construimos algo porque en esas situaciones siempre se construyen cosas nuevas, a las que no llegaríamos solos y en las que todos nos reconocemos y de las que nos sentimos orgullosos, lo que me lleva al principio de la historia, al de un mundo ideal que se aleja mucho del modelo actual que nos ha tocado vivir.

Mirando una carta, una señora recordó una historia que había olvidado, tenía pequeños detalles, como ráfagas de recuerdos que se expandían y expandían en un universo sin fin, infinito, tan brillante que la luz podía llegar a ser cegadora pero con tanta claridad y atractivo que nadie podía dejar de mirarlo. Era un fenómeno tal, que podía asemejarse al nacimiento del mundo, de la primera partícula, de ese grano o semilla que fue el principio de todo y desde el que, persona tras persona, se fue conformando el mundo tal y como lo conocemos hoy y al final, si lo pensamos, el

principio no debe ser tan diferente del fin puesto que en realidad no sabemos cómo será, ni cuándo pero que, o bien está lleno de luz y color, o quizá en ese espacio-lugar-tiempo no se vea nada; ¿quién sabe?, porque no conocemos a nadie que haya vuelto para contárnoslo así que, disfrutemos el camino, el aquí y el ahora, que es lo que tenemos, y ahí encontraremos la paz, la calma, la felicidad o tristeza, lo que nos toque, en ese momento.

EL JARDINERO Y SU DANZA EN BÚSQUEDA DE SENTIDO

CLAUDIA SUSANA SILVA FERNÁNDEZ

Mandarín era un bailarín al que le gustaban las melodías románticas pensadas en musas, flores y colores. Llegar a un escenario y danzar según lo que su cuerpo sintiera era lo que más le inspiraba para mantener su respiración, era su principal placer. Incluso, se abstraía y desconectaba del mundo para tener su momento de conexión: música y cuerpo. Su habilidad en el baile era admirada por quienes le veían, pero llegó a un punto en el que su familia no le comprendía. Su familia le sentía muy ausente tras la abstracción en su danza que practicaba desde la infancia, era como si lo demás no existiera. Mandarín se conectaba tanto con lo que le daba placer que rompió su vínculo de la otra parte de su vida. Sus padres ya no reconocían su voz y sus pasos dentro del seno del hogar, porque iba poco por su casa y eran muy escasos los momentos de calidad que compartían. Sus hermanos no recordaban su fecha de cumpleaños y desconocían sus gustos e intereses en la vida; no sentían un lazo de unión familiar con él. Mandarín había dejado de existir para su familia. Sin embargo, Mandarín no era consciente de la ruptura en la relación que tenía con su familia, seguía su vida como si nada sucediera, en un presente donde su yo era lo principal.

Un día, Mandarín tenía una presentación pública de la danza que consideraba la de mayor importancia en su carrera de bailarín.

Preparó su obra maestra durante casi un año y se titulaba: «El amor que florece». Como en cada una de sus presentaciones, Mandarin preparaba el escenario verificando cada detalle; organizaba su vestuario y repasaba el plan con el resto del equipo, minimizando la existencia de fallos. Ante lo especial de esta presentación, Mandarin cuidó cada detalle.

El momento llegó, la gente comenzó a ocupar sus asientos y el teatro se percibía vivo, lleno de energía y expectativas. Mandarin sabía que era momento de brillar y demostrar de lo que estaba hecho. El espectáculo comenzó, una melodía suave abrió el acto, y una luz central dio la entrada a Mandarin al escenario. Sus brazos y piernas hacían juego con cada acorde y cambio en la melodía, las emociones que despertaba en el público iban en sintonía con el rostro y las expresiones del público. Nuevamente, Mandarin estaba en un estado de éxtasis, de conexión con sí mismo, pero de desconexión con su mundo. Al finalizar su danza, todos los asistentes aplaudieron y alabaron lo magnífico de Mandarin como artista; esto aumentó su satisfacción del momento. Entre el público, Mandarin buscó caras conocidas para encontrar un abrazo sincero, de alguien que le haya acompañado en su proceso artístico, algún familiar, algún amigo. Mandarin se sorprendió y frustró al no encontrar ninguna persona con esas características. Quienes fueron a ver su acto lo hicieron porque conocían su capacidad en la danza y no por su perseverancia en el proceso. Al cabo de una hora, todos se marcharon y, con el silencio de los reconocimientos, se hundió en una sensación de vacío. Mandarin no entendía por qué a quienes él consideraba personas importantes en su vida no estaban en un momento tan crucial para él. Algo pasaba en su sentir y descubrió que el éxito no era lo único que determinaba su felicidad, ese fue su principal descubrimiento.

Abatido, con emociones encontradas, Mandarin se encontró con el jardinero del teatro, el señor Paco. Paco lo vio crecer en el teatro ya que Mandarin asistía allí desde sus 5 años:

—Joven, hoy fue un gran día, sin embargo, no está satisfecho
Mandarín afirmó con la cabeza. Paco prosiguió:

—Mi mayor talento es acompañar y encontrar respuestas, ¿quiere que lo apoye? Aceptó con poca esperanza ante su desconocimiento de las virtudes del señor Paco. Mandarín le comentó su insatisfacción ante la ausencia de su familia en un momento tan relevante para él. No entendía por qué ellos, al ser conocedores de su esfuerzo y dedicación con su baile, no podían ceder en acompañarle. A lo que Paco le dijo:

—Es verdad, recuerdo cómo tus padres esperaban horas a pesar de las inclemencias del clima, y cómo tus hermanos sacrificaron horas de juego por acompañarte a tus clases y ensayos de baile. También recuerdo los turnos de trabajo extra que tu padre hacía para poder tener dinero con el que pagarte la academia de arte, y los abrazos de tus hermanos cuando te lastimabas los tobillos. Entonces, es difícil comprender ¿por qué no ceden como antes lo hacían?

—Tú lo entiendes —respondió Mandarín.

—Ahora, ¿me puedes compartir en qué has cedido tú por ellos?
Hubo un largo silencio.

—Vamos chico, que a lo mejor dejaste de asistir a una clase para que tus hermanos fueran a una fiesta, o dejaste de ir a una competencia para que tus padres no se desgastaran tanto trabajando para pagarte los gastos, ¿verdad?

El silencio se hizo mayor, y con él aparecieron las lágrimas.

—Es decir, en lo que llevas de vida te has concentrado en ti, te has abstraído en ti, e incluso has hecho que los demás o tu familia se pierdan para concentrarse en ti.

El llanto seguía en Mandarín, cada vez más incontrolable.

—Te lo dije, tengo la virtud de cosechar respuestas —sonrió Paco.

A los pocos minutos Mandarín tomó fuerzas y abrazó al señor Paco.

—Me he dedicado a mis éxitos y propósitos, pero me he olvidado del amor de familia. Sin ellos, todo pierde sentido. Ahora lo entiendo, ¡gracias!

Mandarín pasó de la tristeza a la culpa y con ella, cuando retornó a su casa, se regocijó en el lecho de su cama. Esa noche soñó que era una espiral que desaparecía en un fondo oscuro, gritando por ayuda, por amor. Su despertar fue sudoroso, con sensación de vacío y dolor en el pecho, de tristeza profunda. Descubrió que su esencia había perdido sentido.

Al nuevo día, Mandarín pensó en una manera para restaurar los lazos con su familia, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Cómo podía establecer una nueva conexión con su familia si su mayor habilidad era desconectar, y ¿cómo iba a perder su habilidad si era parte de su esencia y de quién deseó ser? Así que decidió volver a contactar con Paco. Cuando Paco lo vio en el centro de su jardín, le dijo:

—Tú, chico, ¿sigues perdido sin saber qué hacer para restaurar tu familia? Cumpliste solo con una parte de lo que buscabas para tu vida, pero no lo integraste a las demás esferas de tu esencia y existencia. Así que te queda el otro lado, pero aún hay tiempo, yo te ayudaré.

Guiado por los consejos de Paco, Mandarín escribió sus sentimientos de agradecimiento y culpa, agregando una promesa: “un amor colectivo y de familia es superior a un amor hedonista, y será mi mayor éxito. Buscaré la conexión desde ese amor colectivo” Este acto le permitió armarse de valor para enfrentar la actitud de sus familiares. Cuando le vieron se sorprendieron, reacción que aumentó ante la confesión de sus sentimientos. Un abrazo de cada uno fue suficiente para reconectar con su esencia. Una mirada respetuosa de las necesidades de cada quien y una palabra empática fueron suficientes para restaurar la confianza.

Desde entonces, Mandarín siguió con su baile. No dejó de ser exitoso, sino que mutó o comenzó un nuevo ciclo, uno de madurez e integración. Mandarín no se volvió a perder para encontrarse, buscó

reencontrarse con el verdadero amor en su familia para potenciar su esencia y su belleza en el arte.

Ahora, cada vez que Mandarín baila no se desconecta del mundo, todo lo contrario, integra las expectativas y emociones del público en su danza para hacer del acto artístico una armonía. Dejó a un lado su postura de que los otros se integraran a su arte, lo que llevó al surgimiento de la danza.

CANSADO DE SER OTROS

MARCOS MONTER

Estaba cansado, no podía más. Sentía que no acababa de sentirse a gusto en ningún lugar. Parecía que el mundo que le rodeaba no le pertenecía y él no pertenecía al mundo.

Nadie le preguntó nunca si él quería pertenecer, pero se veía obligado a hacerlo. Era una necesidad que surgía de su interior, como si alguien lo hubiera colocado dentro.

Vivía con el ansia de no alcanzar lo que se proponía, como si eso que debía conseguir se alejase cada vez que trataba de alcanzarlo. Parecía el juego de la zanahoria y la liebre; ese que alguien inventó para mantenerla entretenida. Entretenida con objetivo ajeno al tiempo presente y sí anclado en la perpetuidad innegociable de lo impuesto, de lo que no se puede cuestionar.

Un día decidió hacer diferente a lo que venía haciendo. Decidió seguir sus propias reglas.

Primero intentó ser único en su especie, desafiando con su forma de vivir todo lo que había visto hasta la fecha en el mundo que había conocido. Más tarde comprendió que si quería hacer la diferencia, debería no ser algo nuevo, sino todo lo contrario a lo impuesto.

Tratando de identificar aquello que le había hecho ser quien era, y que le definía también por lo que habían elegido para él. En ese momento se dio cuenta que no era tan fácil. Ser quien quería ser le

llevaría más tiempo y un recorrido más largo. Por momentos pensó que quizás le compensaría acatar lo que ya le venía dado; pues al fin y al cabo le resultaba familiar y aunque no estuviera conforme con todo, le permitía sentirse cómodo y seguro.

Estuvo bastante tiempo pensando que hacer, pues sabía que era una decisión decisiva, y que probablemente no tenía vuelta atrás.

Estaba profundamente dividido, se veía en la tesitura de encontrar la forma de ser auténtico y arriesgarse a descubrir qué implicaba la autenticidad o seguir moviéndose en terreno conocido tratando de no defraudar con lo que se esperaba que fuera e incluso con lo que debía llegar a ser.

Todo esto le pasó ya siendo mayor, o al menos mayor para aspirar a completar la búsqueda, o eso pensaba. Un día que caminaba tranquilamente por la vera de un río, se paró como hacía otras veces en una piedra debajo de un árbol, estuvo en silencio mucho rato, aunque su ruido interno de todavía no saber qué hacer consigo mismo y con una gran decisión por tomar: atreverse a crear su propio camino o continuar el ya preparado para él y que tan familiar le resultaba. Seguía sin ser fácil decidirse.

La costumbre, lo bien que estaba visto en su entorno tal y como era, y el no conocer otra versión de sí mismo salvo en fantasías y sueños, se lo ponía francamente difícil.

Él había crecido con mucho miedo, con miedo a lo desconocido, a lo improvisado y en definitiva con miedo a salirse del molde. Al mismo tiempo creció con muchos ejemplos en su entorno que lo habían hecho, que se habían atrevido a dar el salto a lo desconocido.

Casualmente todas estas personas que había visto arriesgar por una versión más auténtica, habían tenido serias dificultades para encontrarla. En algunos casos habían desistido en el intento y otros, incluso, habían fallecido intentándolo. Estas personas que tenía de referencia no eran lejanas en cuanto al parentesco, ni tan siquiera eran amigos.

Se trataba de hermanos, tíos e incluso su padre, que falleció en el agotamiento de la incansable búsqueda del sí mismo.

Cuando pensó en el ejemplo de su padre, que sin duda era el que mas le dolía, se dio cuenta de algo que, sin saberlo, cambiaría su forma de ver la búsqueda en la que tanto tiempo llevaba tratando de meterse y que sin saberlo no tenía marcha atrás. Los convencionalismos ya no eran más una opción, pero tampoco los oposicionismos, mecanismos que supo por un instante habían podido con su padre y la lucha que tenía. No ser por oposición a, ser por convencimiento o por intuición, ese era su camino.

Para este joven, que se llamaba Luis, no hubo duda de que ahora sí. Ahora sí había llegado al convencimiento que le daba el impulso a no mirar atrás y emprender su marcha segura y convencido de que llegase a donde llegase, sería un lugar mejor.

Era consciente de que tendría que superar múltiples obstáculos y que eso no sería fácil.

Aun así, tenía el convencimiento que sabiendo que no tenía que ser diferente, sino él mismo, todo sería más fácil de lo que había imaginado en un inicio. Ahora tenía la guía, y sabía que le iba a acompañar toda la vida, pues la guía era él mismo y su capacidad de discernimiento. Esta capacidad, aunque mermada por el criterio impuesto, vivía dentro de él, solo necesitaba darle rienda suelta y escucharla, pues, aunque escondida y acallada por el infernal ruido de los otros, nunca le había abandonado.

Cuando Luis lo tenía tan claro que ya estaba analizando cuánto de lo que le movía en sus días, era una elección propia y cuánto era lo que se había acostumbrado a hacer para agradar, surgió la necesidad de cuidar a su madre. En este acto de cuidar a su madre vio una oportunidad de entender, que de todo de lo que él había hecho hasta la fecha, había sido por cumplir las expectativas y deseos de su madre. Descubrió algunas facetas suyas que nada tenían que ver con sus propios deseos, pero que sin

embargo encajaban a la perfección con lo que más agradaba a su mamá, es más, encajaban con la descripción que su madre hacía de él frente a sus amistades.

Tras este periodo cuidando de su madre en casa de esta, volvió a su propia casa y de nuevo empezó a entrar en conflicto, pues había descubierto que dificultó el camino de su padre, pero le costaba ver fisuras en el planteamiento de su madre. ¿Si su madre era un ejemplo de éxito y entereza quién era él para desafiarlo?

Quedó un tiempo atrapado pensando en qué podía hacer ahora para sortear este obstáculo que se le presentaba, sin saber muy bien qué hacer, toda idea que se le presentaba era descartada por desleal y al mismo tiempo, aunque sabía que fue el fallo de su padre, no se le ocurrían otras opciones que no pasaran por hacerle sentirse un rebelde sin causa, pues el único argumento que sustentaban las ideas de cambio, era la oposición contra lo establecido.

Así Luis llegó a un callejón sin salida, o al menos eso creía, pues se sentía completamente perdido. No se encontraba ni a sí mismo. Tenía la sensación de estar hecho de ecos del mundo vivido, pero no encontraba su propia voz. Se escuchaba a sí mismo a través de la palabra prestada, sin filtro, sin elección.

Imagínate a Luis, con la idea clara de querer ser él mismo y sin ver clara la posibilidad de serlo. Imagínate la desesperación de ser sin serlo, de vivir sin habitarse y en definitiva una profunda sensación de ser un fraude, pues a veces sentía deseos que su mente censuraba o pensamientos que su deseo no acompañaba.

Ahí seguía Luis, en un cruce de caminos, con diferentes opciones rondando su cabeza y ninguna certeza lo suficientemente grande como para iniciar su personal búsqueda. Sin atreverse a elegir, porque elegir suponía rechazar y sin poder ya quedarse donde estaba, porque si de algo estaba seguro era de que necesitaba caminar y descubrir qué había más allá de lo conocido, pues sabía que había más y no se resignaba a no descubrirlo.

Aunque sabía que había más de lo que su mundo le había permitido descubrir, no estaba dispuesto a hacerlo a cualquier precio.

Por ello se armó de valor y decidió buscar silencio, sabía que si encontraba el lugar donde silenciar todos los ecos y deseos impuestos podría encontrar su propia forma de vivir. Empezó a buscar ese lugar. Primero fue al bosque, y las voces internas con las que había convivido hasta el momento y que no le pertenecían cobraran aún más fuerza y es que se dio cuenta de que siempre había ido al bosque acompañado de su papá, estuviera o no presente. Después de esta desagradable experiencia se decidió a seguir buscando y por ello se fue a la playa, donde como podía ser de otra forma se encontró con innumerables voces que le resultaban familiares: «no llenes la toalla de arena», «no te metas muy adentro», «cuidado con las corrientes», «no te manches más» y un largo etc. Luis sabía que esas voces que le acompañaban difícilmente dejarían de hacerlo, pero no cesaba en su empeño por buscar un lugar donde pudiera acallarlas y escuchar las suyas propias.

Tras visitar nuevos escenarios y obtener un resultado similar, se planteó si era una cuestión externa la que le iba a permitirle encontrarse a sí mismo. Teniendo en cuenta la experiencia vivida, resolvió desistir de la búsqueda del lugar perfecto, para pasar a pensar si sería una cuestión temporal y ese no era el momento. Resolvió de nuevo esperar y estar atento a sí mismo, buscando señales que le indicasen que ahora sí era el momento de emprender rumbo propio.

Quedó un tiempo expectante, esperando esa señal inequívoca, esa señal que, como faro en la costa, le hiciera descubrir su norte.

Ese momento nunca llegó, y Luis cansado de esperar, decidió emprender por sí mismo. Al principio con inseguridad, después de un tiempo con alguna certeza, pero siempre consigo mismo.

Luis comprendió que a veces el espacio y el tiempo no resuelven nada por sí mismos y que si algo había aprendido en su proceso,

es que es mejor empezar a riesgo de perderse que quedarse esperando. También entendió que no podía sino verse en movimiento y que los riesgos se asumen como parte del camino, pues sin ellos no hay aventura y sin ella, todo sería demasiado fácil.

*Gracias a la vida, mi esposa, hijos y madre,
por estar ahí y ser parte de todo.*

REGRESO AL PASADO

ÓSCAR LEÓNIDAS ACEVEDO REYES

En el país de las flores y el cantar de los pájaros, en el que había un hombre que coleccionaba ecos y los guardaba en frascos, Chigüiro habitaba bajo la sombra del árbol.

A veces solito, otras descuidado, aprendió que el recurso eran sus manos.

El pequeño Chigüiro un día pidió, con mucho fervor, no estar solo, y en ese momento de una estantería alta, un libro despedido, lo fulminó en un sueño.

Chigüiro despierta y a su lado estaba Lobita y el folclorito Salamandro. Lobita llevaba gafas de pasta, porque de lectora era su alma; Salamandro el movimiento era su bandera y chasquear los dedos su seña.

Ambos al unísono le relataron que necesitaban ayuda para derrocar de lo alto, a Hurraca, quién era ruda y controlaba el relato, pues esto en la historia de Chigüiro era un adelanto.

Para ello dijeron que atravesarían pruebas que, en su relato pasado y presente, eliminaría entes, para que en el futuro no existieran absurdos.

Con ello de consigna y el alma presta, estos tres valientes caminaban con destreza.

Encontrando de primeras un agujero oscuro que, como cayesen, se acabó el futuro.

Lobita examinó con mucha atención, y esto a una conclusión lógica, la transportó; Salamandro, sin embargo, a una respuesta más mágica llegó, pues comentó que si volasen todo sería mucho mejor.

Chigüiro, confundido, no entendía el punto de que sus colegas estuviesen juntos mas, sin embargo, Pelicana apareció y sus alas las prestó como solución.

Con el pico de colores y una mirada serena les dijo que pasarían el Pozo de las Tristezas, aquel sitio con principio y sin fin, donde los apenados se arrojaban sin pensar.

¡Oh, qué curioso!, replicó Lobita, esa historia yo la desconocía.

Salamandro chasqueando solo compartió cincuenta pasos, es la solución.

Chigüiro sorprendido, por el pico colorido, solo agradeció este azar del destino, yo que soy monocromático y sin tanto brillo, este dispar me llega a maravillar.

Cansados se detienen a la falda de un arroyo a descansar los picos, a descansar los lomos.

Desconociendo todos que la segunda prueba les rondaba el coco.

Era algo trepidante y un tanto desconcertante el dejarse llevar para no parar de avanzar, pues Lobita resolvió el dilema: «solo bajar nos queda dentro de este lago que conduce a una cueva casi inundada».

¡NADA!, respondió Salamandro, no como ausencia, sino como acto, lo confirmaron sus dedos revirando.

Pelicana poco presta quiso abandonar, pero Chigüiro afirmó: «No te voy a soltar».

Y así, todos juntos y entrelazando patas, a lo incierto se lanzaron, sin futuro y sin pasado.

Comprendiendo, como digo, que para avanzar, tres pasos atrás hay que dar, cogiendo impulso hacia el azar.

—¡OH SÍ, HEMOS DE *FLUYAR*! —indicó Salamandro.

Alborotados, mojados y despelucados llegaron a un sitio árido y con poco aire, no se veía mucho, por ello no se soltaron, y en Lobita y su instinto confiaron, pues su hocico era mágico y les dijo:

—Puedo oler hasta lo perdido.

Salamandro interrumpió:

—¡El rumbo!

Y de esta forma, centímetro a centímetro avanzaron, a veces resbalando y otras tropezando, pero en lo que no veían confiando, y justo cuando creían desmayarse por hambruna, Lobita aulló, pues percibió a la luna. Saliendo y encontrando un sendero arduo, Salamandro replicó: ¡Pasémoslo brincando!

Y así lo hicieron, y el hambre y el sueño vencieron, hasta encontrarse con la posada de un tendero, y antes de que Salamandro saliera con una de las suyas, Chigüiro replicó: ¡ALELUYA!

Pelicana sintió un escalofrío en sus alas y les dijo:

—¡Vamos chicos! A resguardarnos de la lluvia que viene.

Y así entraron, sin ser invitados esperados, a donde les recibió un viejo posadero.

Descansaron, comieron y recuperaron el brío y a la mañana siguiente, cuando se disponían a recomenzar la marcha, el posadero advirtióles del espíritu de La Vaca, pues en el hollín de la chimenea lo pudo leer, que con promesas de mejora este ser engañarles buscaría, para que así se acomodasen y su soledad mermasen, mas es necesaria la incomodidad. Salamandro interrumpió:

—¡Lo entiendo! Cuando crezco pierdo un poco de mí.

Y chasqueando se fue a soplar el hollín. Lobita contestó:

—Es feliz, en fin...

Siguieron sin olvidar la advertencia, hasta pasto seco y rojizo, donde de un mugido apareció lo advertido, prometiéndoles calor, abrigo y tratarlos como sus hijos, únicamente deberían aprender a dar bramidos.

Todos compungidos, a la vez que sorprendidos, en sus diferencias vieron potencias, pues superaron pruebas no por sus parecidos, sino por sus divergencias.

Salamandro interrumpió:

—Señora Vaca, le agradezco, pues a mí los puzzles me motivan y de dos piezas iguales poca unión encuentro, con ello le digo, estoy en desacuerdo. Pues lo mío es chasquear y no mugir, como a Lobita, que le gusta gruñir.

El espíritu de La Vaca entendió que este grupo no se le iba a unir y se apartó para permitirles proseguir.

Chigüiro sentía que estaba cerca, no les supo explicar, pero les dijo:

—Lo siento en mi cresta.

Ahora todos a grupas de Chigüiro, adentrarse fueron donde lo escondido, el reino de Hurraca, que, con susurros cargados de cosas negativas, mandaba sobre quienes con ella habitaban.

—Es una lástima que un ser libre pueda con graznidos controlar los hilos —dijo Pelicana.

Al adentrarse, un aura negativa se apoderaba de sus mentes, se adueñaba de sus vidas.

Lobita fue la primera en caer rendida, pues todas estas frases le dieron en su vida. Pelicana también sucumbió, y hasta el colorido pico su viveza perdió.

Hurraca se mostraba soberbia y altanera y con orgullo dijo:

—¡Ahí se me quedan!

Chigüiro se resistía, pues era más lento en procesar estos sentimientos.

Salamandro solo se repetía:

—Vida meditativa.

Y con su cola dio a un mensaje en una botella, donde el espíritu del Buitre, que coleccionaba ecos, liberó versos más amables que se contrapusieron a este mal enjambre.

De esta forma, Hurraca, poco a poco su impulso perdió, abandonándose a su rendición.

Todos aprendieron y reconocieron que Hurraca estaba sola y con corazón de hierro, por eso se acercaron y le dieron su perdón, para proseguir avanzando donde el rumbo los lleve.

Y así...

Despertando Chigüiro de su letargo breve.

*Esta historia está dedicada a mi familia,
por acompañarme siempre,
incluso en las historias que aún no sabía contar*

EL VIAJE DE ELLA

LAURA FERNÁNDEZ VILLA

rase una vez una niña que vivía junto a su hermano y sus padres.

A los cuatro años, sus padres le regalaron uno de los mejores regalos que se pueden hacer, compartir la vida con un hermano y, desde ese momento, los días fueron inolvidables.

Los cuatro vivían juntos en un mundo donde se repartía amor y cariño y donde los días eran más bonitos.

Desde muy pequeña se observaba que la niña tenía mucho carácter y que no era fácil de convencer. Sus padres la acompañaban y, aunque a veces no era sencillo, dejaban que fuera una niña libre y que tomara sus decisiones, aunque eso supusiera estar a su lado, por si en algún momento tropezaba, ayudarle en el camino.

Durante esos años los cuatro hicieron muchas cosas juntos, montaron en bicicleta, crearon disfraces, construyeron castillos de arena, e incluso cantaron en karaoke.

A medida que la niña fue creciendo estos momentos fueron haciéndose más pequeños, ya que esta niña prefería pasar tiempo con sus amigas y amigos, sin embargo, estos ratos nunca terminaron de desaparecer por completo.

Esta niña dejó de serlo y se convirtió en una mujer, durante ese

tiempo tuvo que empezar a tomar decisiones y una de ellas fue la de dedicar su vida a intentar ayudar a los demás, para que fuesen al menos una parte de lo feliz que ella había sido durante su vida.

En este tiempo la niña vivió mil y una aventuras y descubrió, que a veces uno no está en su lugar y, que es bueno seguir buscándolo.

Mientras se encontraba buscando su sitio, se reencontró con una persona que había formado parte de su vida: Él. No se caían muy bien, pero el tiempo, el humor y el amor llegó, y Él se convirtió en un buen compañero de vida y en alguien con quien seguir viviendo aventuras y descubrir nuevos mundos donde ser felices.

Como en muchos cuentos, los personajes, Él y Ella, no tenían mucho dinero, pero mientras pasaban tiempo juntos, hasta el estar sentados en un parque se volvía algo extraordinario.

Pasaron los años y seguían compartiendo aventuras. En ese momento llegó una de las que pensaban que sería su mayor aventura, qué equivocados estaban. Él y Ella se fueron a vivir juntos. Esta nueva aventura supuso un gran reto que los puso a ambos a prueba, sin embargo y una vez más, fueron capaces de superarla.

Vivían en una casa antigua que les habían prestado y se esforzaron en decorarla a su gusto y en ser muy felices en ella.

Además, siempre les habían gustado los animales, y un día decidieron que era un buen momento para adoptar uno. Él y Ella fueron a la protectora, pero no fueron capaces de adoptar solo a un animal y regresaron a casa, con dos gatitos que eran hermanos.

Desde ese momento el amor es su hogar se multiplicó y no hubo un día en el que no existieran las risas y los ronroneos.

Esto no quiere decir que ellos no supieran que en la vida había situaciones difíciles y momentos duros, sin embargo, habían decidido que la vida era mucho más bonita si decidías vivirla y disfrutar cada segundo.

Cuando llevaban diez años de relación, decidieron vivir una

nueva aventura, esta vez, también pensaban que iba a ser su mayor aventura, pero de nuevo, qué equivocados estaban. Decidieron casarse y poder celebrar el amor con toda su familia.

Todo el mundo acudió a la celebración, ya que nadie quería perderselo. Fue un día único donde mayores y pequeños disfrutaron de estar en familia.

Después de la boda, Él y Ella, disfrutaron de nuevas primeras veces. Durante estos años fueron creciendo y acompañándose y decidieron vivir una nueva aventura que ahora sí, sería su mayor aventura.

J. nació un once de octubre después de un parto muy largo y duro. Llegó para descolocar todo lo que Él y Ella entendían como familia.

Después de tantos años, pensaban que era difícil tener nuevas primeras veces y, sin embargo, ahora se sucedían una detrás de otra. Mientras cambiaban pañales, daban de comer y ponían lavadoras, el tiempo fue avanzando, J. creciendo y ellos se daban cuenta de que faltaba algo y que su familia todavía no estaba completa. ¿Qué podían hacer? Ya eran una familia de cinco, pero tenían la necesidad de dar a J. el mejor regalo que se puede hacer, darle un hermano.

El 23 de agosto, nació un niño: I., para completar esta familia y a la vez, una vez más, romper todos los esquemas que Él y Ella podían tener.

Con dos niños pequeños, Él y Ella se sentían cansados y sin apenas tiempo para ellos. Pero a medida que transcurría el tiempo y los niños se iban haciendo más mayores, las primeras veces y las nuevas aventuras se iban sucediendo.

Muchas de estas primeras veces, tenían que ver con sus hijos, la primera vez que dijeron mamá, la primera vez que fueron a una excursión o el primer diente que se les cayó y, aunque estas primeras veces no fueran suyas, era enorme la ilusión que tenían cada vez que alguna de ellas ocurría.

Con el paso del tiempo, se dieron cuenta que la vida se había transformado, pero que ellos también se habían transformado con la vida y, que las primeras veces seguían estando presentes, ya que la vida cada día te ofrece una nueva oportunidad.

J. e I. crecieron como dos niños libres, sin sentirse juzgados o presionados por hacer las cosas como todo el mundo. Muy diferentes entre ellos, pero muy iguales, creciendo en una casa llena de amor.

Con el paso de los años, transcurrieron muchas y nuevas aventuras, y J. e I., las disfrutaron, soñaron y sufrieron juntos, siempre de la mano de sus padres.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir tu cuento. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en los campos de arroz con mis hermanas. Un día vino una riada muy grande que...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos pero un día el dragón despertó...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición se acabó de imprimir y encuadernar en febrero de 2026.

El taller Érase tu vez ha sido implementado por Cruz Roja en el programa de intervención: «Respuesta de Cruz Roja a los efectos de la DANA (Otoño 2024)».

www.espacioparacontar.com

